

poleón el Trono de la República, para poner las gradas del Imperio, quiere decir que no se quieren las pasteleras libertades... ¿Pues qué hará en vista de esto el Progreso...? Sacará clavos con los dientes antes que humillarse... Veremos, y vengan días, de donde podamos sacar el juicio de las cosas.

—Porque yo quiero que haya cataclismo, padre, mucho cataclismo; que los injustos caigan y sean pisoteados por los sedientos de justicia; que los que cometieron tropelías sean hechos polvo, y que los buenos se alegren. Justicia quiero, y habiendo justicia habrá paz. ¿Esto cómo se llama? ¿Se llama *República*; se llama *Imperio*?,

XXX

El efecto que causó en el alma de Lucila la noticia, dada por Antolín de Pablo, de que Halconero llegaba, lo más tarde, al cabo de dos días, fué de verdadera consternación. ¿Por qué volvía? ¿No era mejor que se quedase por allá?... La prometida esposa se con turbaba con la idea de verle, y metiendo su exploradora mano en el corazón, tocaba frialdad, aborrecimiento. Del anunciado regreso de D. Vicente la consolaba la idea y presunción de que á su llegada hubiese un poco de cataclismo.

A su padre, que á verla iba diariamente, le dió un interesantísimo encargo: “¿No tie-

ne usted conocimientos en el Ministerio de la Guerra? ¿No conoce á un cabo que está en las oficinas?... ¿Sí? Pues averigüeme... ello es muy fácil, padre, y hasta los gatos del Ministerio deben saberlo... averigüeme cuándo sale el General Prim para Puerto Rico.

—Va de Capitán General; le embarcan porque se pasa de valiente... Es, según se dice, hombre de mucha idea...

—Y eso es lo que estorba.

—No sé por qué. Yo tengo mucha idea, y no me mandan á ninguna parte.

—Porque no temen á los humildes. El reino de los humildes está muy lejos.

—¡Y tan lejos...! Ni aunque uno se suba encima de los encumbrados puede alcanzar á ver dónde está ese reino..”

Llegó Halconero: viéndole y tratándole, se calmó la fiebre de Lucila, y las aberraciones disparatadas de sus sentimientos. No le aborrecía, ¡pobre señor! ¿Cómo aborrecer á quien le había hecho tantos beneficios, y aún mayores é inapreciables se los prometía? Gustoso de aprovechar el tiempo en la Villa y Corte, Halconero fué á visitar el nuevo Congreso, llevando por delante, naturalmente, á Lucila y Eulogia, bien apañaditas. Hábiale dado las papeletas el Sr. D. Matías Angulo, diputado por Navalcarnero, como él propietario rico y persona sencilla y de las mejores intenciones así en política como en todo. En la admiración de aquel lujoso monumento elevado á la Soberanía Popular, pasaron los tres una mañana, y desde los sa-

lones de Sesiones y de Conferencias hasta la Biblioteca, salas para Secciones, taquígrafos, etcétera, nada se les quedó por examinar. Admiraba Eulogia con preferencia las ricas alfombras, Lucila los altos techos con pinturas, y D. Vicente perdía el tino ante la profusión de terciopelo encarnado... Visitaron asimismo el *Museo de Artillería* y la *Historia Natural*, y no continuaron por otros barrios de Madrid su instructivo zaratán, porque Lucila se resistió, sin dar de su negativa razones claras, á visitar las *Reales Caballerizas* y la *Armería Real*... Se fatigaba, se le iba la cabeza, según dijo... Pensando que el teatro la distraería más que los Museos, propuso D. Vicente ir á ver *la Adriana*, obra muy hermosa de la que se hacían lenguas cuantos la habían visto. Representábase en los *Basilios*, y era el éxito mayor de la temporada corriente. En efecto: allá fueron una noche, y no puede describirse la emoción de los tres ante el interesante drama; con el río de lágrimas que derramaron las mujeres, competían los pucheros del hombre, queriendo echárselas de valiente. A Lucila le llegó al alma el caso de la pobre cómica, tan bien representada por *la Teodora*, á quien envenena una princesa su enemiga (que también era un poco *boticaria*), con el simple olor de un ramillete. Le pareció la comedia cosa real, y la emoción duró en su alma muchos días.

Siguió á esto un período de compras, en las cuales nada se hacía sin que Lucila die-

ra su *exequatur*, previo examen de las cosas. De tienda en tienda iban los tres; mirando y escogiendo lo que se diputaba mejor dentro de la modestia, adquirió Halconero cama de matrimonio, de bronce dorado, según los mejores modelos de una industria moderna, y colchón *de muelles elásticos*, que eran última novedad. Tras éste tan necesario y útil mueble, se compró un espejo grandecito, un juego de reloj y floreros, un veladorcito *maqueado*, vajilla de porcelana, y juego de café, con maquinilla de reciente invención para hacerlo en la misma mesa. Con estos goces inocentes de preparativo nupcial estaba el buen señor en sus glorias. Antes de Navidad partió para su pueblo, dejando determinado que volvería después de Reyes, *ya para casarse*. La boda sería entre San Antón y la Candelaria.

Ansiosa de sostenerse inexpugnable ante los arrebatos de su propio corazón enamorado, Ciguela no salía mas que para oír misa, en San Andrés, y se propuso no volver á poner los pies en casa de Rosenda. No aviniéndose ésta con el desvío de su amiga, fué á verla, mostrándose en la visita como la misma discreción y la prudencia en persona. A pesar de no encontrarse presente Eulogia, la Capitana no nombró á Tomás, ni dijo cosa alguna que con el perdido caballero tuviese relación. No se atrevió Lucila á preguntarle; pero leyendo en los ojos de Rosenda, entendió que algo sabía ésta, y no quería decirse lo por no perturbar el ánimo de su amiga...

Lo agradecía, y al propio tiempo lo deploraba. Temía saber, saber ansiaba. ¿Cómo armonizar deseos tan contrarios? Cuando partió la maliciosa Capitana, la presunta esposa de Halconero se decía: "Me ha dado olor á sepulcros... En los ojos de Rosenda he visto una cosa que se parece al último renglón de un libro triste... Ya veo claro. Tomín ha salido para Puerto Rico... ¿Y dónde está ese condenado Puerto Rico? De aquí allá ¡cuántas llanuras y montañas de agua!,"

Esta idea embargó su ánimo por muchos días, idea de duelo, seguida de efusiones dolorosas de un cariño inextinguible, que derivaba hacia las esferas de Ultratumba; porque en verdad, ¿qué cosa más parecida á la muerte que un viaje á Puerto Rico? Y la cantidad de agua que entre Tomín y su amada se extendía, era la expresión más sensible del infinito de la ausencia. Lloraba Lucila sobre aquellas turbias aguas, que se movían con ritmo y balanceo semejantes al navegar de las almas de este mundo al otro... En tal situación de espíritu, consolándose con el desconsuelo, y meciéndose en lo infinito, sorprendieron á la infeliz mujer sucesos de interés general, y otros de su particular incumbencia. El feliz parto de la Reina, con público regocijo, fiestas, iluminaciones, no fijó tanto su atención como las cuatro palabras que le dijo el buen Ansúrez una tarde: "Querida hija, por fin te traigo des-pachado el encargo que me diste, y es que... tocante á la fecha de salir para Puerto Rico

el señor General Prim, no hay fecha ninguna, porque el señor General ya no va á Puerto Rico.,

Palideció Lucila. Por las inmensas aguas no iba Tomín. ¿Pero quién aseguraba que no fuera más tarde, con otro General, solo tal vez?... Examinando probabilidades, en sombría cavilación, vino á parar en que todo era posible y todo imposible. No prestó atención á las lamentaciones de su padre contra el clérigo Merino, que no acababa de arrancarse al ofrecido préstamo, bien porque no hubiera realizado la cobranza del crédito antiguo, bien por marrullería y ganas de fastidiar. Esta última versión le parecía razonable, pues de sus conversaciones con él, en los solitarios paseos por la *Tela*, había sacado la presunción de que era D. Martín hombre cerrado á la benevolencia y malo de por sí, amigo de martirizar: el único deleite de sus ojos era ver el ajeno sufrir, y ninguna música le gustaba como el rechinar de dientes del hombre desesperado... Sin llegar á la desesperación, Ansúrez deploraba que estando tan cerca el matrimonio de su hija, no pudiera él festejarlo con tienda abierta, para que se dijese que el padre de la novia era un comerciante establecido en la calle de las Maldonadas. ¡Y que no haría poco servicio al Sr. Halconero anunciando la venta en comisión, y al por mayor, del fruto de sus feraces tierras!... Encomiando el rico género, todo Madrid diría: "¡Cebada de Halconero, huevos de Halconero, uvas de Halconero!...,

En Navidad y en Reyes, vió Lucila á Rosenda, y en los ojos de ella, así como en su acento y actitudes, observaba la misteriosa reserva que traducida con buena voluntad al lenguaje corriente, quería decir: "Sé muchas cosas, pero las callo; mi deber es callarlas.", Por la delicadeza y corrección que le imponía la proximidad de su boda, no se determinó á preguntarle. Nada podía sacar del reservado escondrijo que llevaba en su mente la Capitana, urraca codiciosa que escondía las ideas y noticias que á Tajón robaba... Pasó Cigtiela en melancólicas dudas algunos días, y razonaba su estado anímico en esta forma: "No quiero más que saber, saber... ¿Se habrá muerto *Min*? ¡El silencio de Rosenda dice tantas cosas! Dice muerte, dice vida y nuevas traiciones... Ya doy en creer que el traidor es él, y para perdonarle, necesito saber la verdad... ¿Cómo he de perdonarle, si no sé...?", Hervían estas ideas en su mente, cuando se encontró de manos á boca con Ezequiel: ella salía de San Andrés, donde había oído misa, y él entraba con un gran manojo de velas... Requerida por el mancebo, retrocedió la moza, y sentada en un banco próximo á la puerta, esperó á que se desocupara de su carga para hablar con él.

—¿Qué querías decirme...? Cuéntame...

—¿No te has enterado de que Domiciana se ha ido á vivir á Palacio?... Allí la tienes de camarista suplente, con un sueldazo... Le han dado una habitación muy grande,

subiendo por la escalera de Cáceres, el primer cuarto á mano derecha...

—Lo conozco, conozco ese cuarto. He vivido en él... ¿Y qué más?... No me tengas en ascuas... acaba pronto.

—Pues mi padre está cada vez peor de la vista.

—¡Pobrecito! Eso no me importa. ¿Se ha llevado tu hermana los muebles de tu casa?

—Algunos... Parece que le dan el cuarto amueblado. Se llevó, eso sí, manojos de hierbas, y los morteros, los filtros...

—Ya... en Palacio practicará la *botiquería*... ¿Y qué tal... tiene la casa bien puesta?

—No la he visto; lo primero que nos encargó fué que no pareciéramos por allá.

—¿Qué me dices, Ezequiel?

—¿Verdad que es una ingratitud...? Mi padre está muy triste, pero muy triste. Gracias que algunas tardes, en coche, viene Domiciana á verle, y con esto se consuela el pobre.

—¿Ha llevado tu hermana á su servicio la criada que teníais?

—¿La Patricia? Allá se la mandamos; pero la despidió más pronto que la vista... No quiere á nadie de nuestra casa. ¿Ves qué esquiva y qué testaruda? Ni que tuviéramos la peste...

—No conoces tú á tu hermana, *Zequiel*. Si os mantiene lejos de su nueva casa, y no quiere que vayáis á visitarla, será que allí esconde algo, algo que no debéis ver vosotros, ni nadie...

—Puede que tengas razón. De algún tiempo acá, todo lo que hace mi hermana es muy raro... Mi padre suele decir como rezongando: "Dios la perdone.."

—No la perdonará—exclamó Lucila con acento de ira, olvidándose de que estaba en la iglesia.—*Zequiel*, si me averiguas lo que Domiciana oculta en su casa de Palacio, te doy... no sé qué te daría. Pídeme lo que quieras...

—Lucila, sabes que te quiero mucho. ¿Qué no haría yo por tí? Sueño contigo, y pienso que mi mayor felicidad sería tenerte siempre á mi lado. El otro día, hablando de tí con mi padre, le dije que si ibas tú por allí, te dijese, como cosa suya, lo mucho que te quiero... Mi padre se echó á reír y me contestó con una frase que me lastimó mucho. Dijo, dice: "tú eres poco hombre para Lucila..", Eso es faltarle á uno. Yo no seré todavía bastante hombre; pero voy siéndolo cada día más... Pues dime ahora qué tengo que hacer para averiguarte lo que deseas.

—Ir á la casa que habita tu hermana, en Palacio; entrar en ella atropellando por todo, registrar bien las habitaciones, ver, observar...

—Sí que lo haré, y á todo el que quiera estorbarme el paso, le daré un empujón... Pues déjame ahora que te diga lo que tienes que darme en pago de ese favor... El caso es que aquí no puedo decírtelo, porque estamos en la iglesia, y me da reparo... Salgamos á la calle, vámonos por la Costanilla, y te lo

diré... Aquí siento más vergüenza que en la calle.."

Salieron. Lucila era una máquina que funcionaba inconsciente y con la mayor rapidez en todo lo que condujera á la satisfacción de su curiosidad. Al llegar al extremo de la Costanilla, entrando en la plazoleta de San Pedro, Ezequiel, que iba silencioso junto á su amiga, se paró, y más pálido que la cera de su taller le dijo: "Luci, yo pensaba pedirte... y perdóname si es desacato... pensaba pedirte por este favor... que me dieras un beso; pero ahora veo que es muy poco, Luci, es muy poco un beso: debes darme lo menos tres... ó cinco..."

—Y más, muchos más—dijo Lucila ardiendo en curiosidad, y movida también á lástima intensa del pobre muchacho candoroso.—Si me traes la verdad que busco, te daré tantos besos como palabras necesites para contármelos, tantos como pasos has de dar de aquí á Palacio y de Palacio aquí.

—¡Ay, qué buena eres, y qué agradecido quedaré, Luci!—dijo el pobre chico casi llorando.—Iré corriendo. Pero... para que yo vaya con más ánimos, ¿por qué no me das uno á cuenta? Por ser el primero, ha de saberme... como el cuerpo de Nuestro Redentor, cuando uno comulga.

—Sí que te lo doy. Toma uno, toma dos, toma más...—dijo Lucila besándole, como besan las madres á los chicos para convencerles de que deben ir á la escuela.

—No más—dijo al fin Ezequiel embebeci-

do y asustado.—Pasa gente... pueden fijarse, y si lo sabe el que va á ser tu marido... ¡Jesús!

—Pues ve pronto... yo te acompaño hasta la calle de Segovia... y en la subida de la Ventanilla, ¿sabes?... allí te espero... No, no... para que me encuentres más fácilmente, y no haya equivocación, te espero en las Monjas del Sacramento.

—Allí... Vamos, Luci.,

XXXI

Hízose todo conforme á programa. Media hora llevaba la moza de invocar al Santísimo, á la Virgen y á todos los Santos, con fervoroso rezo, para que en aquella terrible incertidumbre le concedieran el consuelo de la verdad, cuando vió entrar á Ezequiel. Venía muy abatido, la consternación y el miedo pintados en su angelical rostro. Con ansioso mirar le devoró Lucila, y como notara en él cierta dificultad para la articulación de la palabra, le sacudió el brazo, diciéndole: "Habla pronto, tontaina... ¿qué has visto?"

—Nada—balbució el cererillo.—Siento no traerte... no poder decirte... Lucila, no me quieras mal porque no haya sabido... No pude, Lucila... Tú sabes qué genio gasta Domiciana... Llegué, llamé... Déjame que tome resuello. Del disgusto no puedo respirar... Pues...

—En fin—dijo Lucila á punto de estallar en cólera,—que no has hecho nada... que has sido un ganso, un idiota, un avefría...

—Déjame que te cuente... Abriéronme la puerta, y cuando yo estaba diciéndole á la criada que me abrió si podía ver á mi hermana, salió... ¿quién creerás que salió?

—¿Quién, quién, pavo del Paraíso?... Acaba pronto.

—Domiciana; y apenas había yo abierto la boca para decirle... lo que tenía que decirle, me la tapó con estas palabras que me dejaron yerto: "¿No te he dicho que aquí no tienes que venir para nada? ¿Harás alguna vez lo que yo te mando? ¿No comprendes que si te digo "Ezequiel, haz esto", tu deber es callar y obedecerme?". Y diciéndolo, me cogía por un brazo y me ponía de la puerta afuera... Yo no sabía lo que me pasaba.

—Vámonos de aquí—dijo Lucila, que se sintió leona, y temía que su furor estallara en el recinto sagrado. Agarró al mancebo por un brazo, y tirando de él, más bien arrastrado que cogido, le sacó á la calle. Torciendo hacia el Sacramento, Ezequiel proseguía: "Me despidió con un tira y afloja de palabras tiernas y de amenazas. "Hermanito mío, ¿qué más quisiera yo que tenerte siempre á mi lado? Algún día será, y ese día no está lejos... Esta casa no es mía, y no siendo mía, menos puede ser tuya... Vete corriendo por donde has venido, y que no te vea yo por aquí, mientras no se te llame... Adiós, y á casa... Anda, hijo, anda., Esto

me dijo, y yo... Lucila, perdóname por no haber podido hacer tu encargo... Yo no sirvo, yo no sirvo para esto... No he cumplido, y debo devolverte los besos que me diste..”

Llegaban ya á la Plazuela del Cordón. Despechada Lucila y fuera de sí, viendo que el cererillo aproximaba su rostro al de ella en ademán de besarla, le rechazó con vigoroso empujón, diciéndole: “Sinvergüenza, vete de ahí... Déjame, pavo de agua... ¡Vaya que atreverse...! ¡Si te ve mi marido...! ¡no era puntapié...!”

El pobre chico permanecía frente á ella, suspenso, afligido... Mirándola con inmenso desconsuelo, sus labios se plegaron, se llevó los cerrados puños á los ojos. “Echa á correr para tu casa, mostrenco—dijo la moza amenazándole con la mirada fulgorosa y con el gesto.—Vete, vete, si no quieres que te lleve yo por delante, sacudiéndote el polvo de las costillas...”, Apenas dijo esto, y viendo la humildad y amargura del pobre muchacho, aquel noble corazón que fácilmente pasaba del arrebato fogoso á la piedad entrañable marcó un movimiento de compasiva aproximación al pobre cerero. “Hijo mío, perdóname—le dijo.—Como estoy tan rabiosa, he descargado contigo, que no tienes culpa... Vaya, no llores... Ya me pagarás los besitos otro día... Aquí no puede ser... Ya ves que pasa gente. Mira: dos señores sacerdotes. ¡Qué dirían...! Ea, á tu casa, y yo á la mía..” Sin esperar á más razones ni cuidarse de si Ezequiel partía, se precipitó ve-

lozmente por la bajada del Cordón. Ciega y disparada, fué al taller de boteros donde trabajaba su hermano y vivía su padre, dejando á éste recado urgente de que se avisara con ella en su casa lo más pronto posible. Llamábale con premura sin saber claramente para qué. Su pensamiento desbocado saltaba de las resoluciones más lógicas á las más absurdas; y al propio tiempo, de su mente no se apartaban hechos y personas de grande valor en la vida de la infeliz mujer. La boda estaba próxima, pues corrían los últimos días de Enero, y aquel dichoso acontecimiento se había fijado para el 3 de Febrero, día de San Blas. Como el 3 caía en martes, y en ello no habían reparado D. Vicente ni Eulogia, seguramente trasladarían el casorio al miércoles 4. Todo esto pensaba Lucila camino de su casa, haciendo un tremendo revoltijo de las cosas positivas y las imaginarias. “Tengo que componer mi carátula—se decía,—para no entrar en casa tan sófocada. Debo de ir como un cangrejo; mis ojos serán lumbre... Subiré despacio esta cuesta, y luego, al llegar á Puerta Cerrada, compraré los clavitos dorados para colgar láminas, que me encargó Vicente, y compraré la cinta de seda y la cinta de algodón... ¡Buena se pondrá Eulogia si no llevo todo eso!... ¡Sabe Dios, sabe Dios si llegaré á casarme! Lo que puede suceder, en la mente de Dios está. Dios me depara mi venganza...”

Al entrar en su casa disimulando lo mejor que pudo su turbación, encontró á Don

Vicente con un sacerdote, su amigo y algo pariente, á quien habia llevado con propósito de presentarle á su futura. Era D. Francisco Pradel, párroco de San Justo, que se mostró con ella muy amable y le dió mil parabienes. Ya la conocía de verla en su parroquia. Al despedirse aseguró que sería para él muy satisfactorio imponerles el santo yugo... Poco después, de las hidalgas manos del novio recibió Cigüela un alfiler de pecho con cuatro brillantitos y en medio un buen rubí, una pulsera, pendientes con perlititas, y otras joyas lindas y modestas. La gratitud y un temor que de lo hondo le salía inundaron de lágrimas sus ojos. Halconero estuvo á punto de llorar también. Lo que espantaba á Lucila era el miedo de ser ingrata... "Voy creyendo que soy un monstruo—se decía,—y yo no quiero ser monstruo: Señor, justiciérame sí, monstruo no."

Con pretexto, ciertamente bien motivado, de probar un cuerpo en casa de la modista, salió al siguiente día con su padre, á primera hora de la tarde del sábado 31 de Enero. Llegando á la calle Mayor, junto á la Almudena, preguntó Ansúrez á su hija si no sería conveniente, ya que de pasear se trataba, bajar á la *Tela*, donde estaría de fijo tomando el sol el amigo D. Martín. Entre los dos le darían el último tiento. Contestó Lucila que habia salido con el propósito de ir á Palacio. Subirían al segundo piso, donde habitaban personas á quienes ella tenía que visitar.

—¿Y tardaremos mucho?—preguntó Ansúrez un tanto receloso.

—Eso sí que no lo sé—replicó ella.—Podremos despachar en un santiamén, ó tardar mucho, según..."

Entraron en la Plaza de Armas, por el gran arco de la Armería: con paso no muy vivo, porque Ansúrez iba sin gusto y como si le arrastraran, recorrieron la línea entre el arco y la puerta lateral de Palacio. Vacilaba el *celtibero*; su hija le cogió del brazo, y en esto, vieron á un señor que de la *Casa Grande* salía. Si ellos se quedaron como alelados mirándole, el señor, plantado en la puerta, les echó la vista encima con esa curiosidad arrogante y descortés de quien tiene por oficio atisbar las caras para descubrir las intenciones. Era D. Francisco Chico, que por la estatura no merecía tal nombre, viejo, seco y estirado, con patillas bordando la quijada dura, el pelo entrecano, la actitud como de perro que olfatea. Lo más característico de su rostro, lo que le hacía inolvidable para cuantos una sola vez le veían, era la chafadura de su nariz en el arranque de ella, señal indeleble de una tremenda pedrada que le dieron en Miguelturra, su pueblo, por querellas locales de pandilla. Perteneció D. Francisco al bando de los llamados *Valerosos*, y cumplía como campeón terrible: alguna vez, si á muchos pegó de firme, también hubo de tocarle la china. Del bandolerismo villanesco pasó á las gestas del contrabando, en tierra firme y

mar salada, y ya mocetón le metieron en la policía de Madrid, donde llegó por su astucia y su valor indomable al puesto de jefe, que desempeñó más de cuarenta años. Era hombre terrible, de sagaz inteligencia para tan ingrato servicio, y á los poderosos inspiraba confianza, como á los débiles espanto. Llegó á ser al modo de institución, personificando los arrestos insolentes de la Seguridad Pública, y el odio con que el pueblo pagaba las vejaciones justas ó arbitrarias que sin cesar sufría.

Quedaron, como se ha dicho, suspensos Lucila y su padre, sin atreverse á dar un paso más, invadidos del terror que Chico infundía: avanzó éste hacia ellos con firme paso, y en la forma destemplada que era en él habitual interpeló al *celtibero*: "Hola, Jerónimo... ¿se puede saber qué buscas tú por aquí?," Volvióle Cigüela la espalda, y se llevó las uñas á la boca para mordérselas. Trémulo, descubriéndose, Ansúrez contestó: "Señor, veníamos paseando, y como uno está tan orgulloso de que nuestros queridos Reyes se alberguen en palacio tan magnífico... nos llegamos á ver y admirar ese gran patio... Y como españoles que adoramos á nuestra Reina, veníamos á visitarla y á echarle nuestros homenajes. Triste pueblo somos, y nuestros homenajes y visitas no pueden ser otros que mirar desde la calle las ventanas del cuarto donde mora la perla de las Reinas.

—Anda, que pareces la cabeza parlante—

dijo Chico, requiriéndole, con el movimiento marcado por su bastón, á que siguiera su paseo por lugar distinto del patio. —Otro que mejor hile las palabras no conozco... ¿Y esta joven es tu hija?," Volvióse Lucila hasta darle de cara, pero sin mirarle. "¡Pues no es la niña poco vergonzosa! Anda, ¿qué te han hecho las uñas para que así las maltrates y te las comas?... Bonita eres; pero no hagas mañas, que se te va toda la gracia... Paseen por la *Tela*, ó por la Virgen del Puerto, que aquí no se les ha perdido nada... Jerónimo, mucho cuidado conmigo; y tú, pimpollo, no andes en malos pasos, que voy y se lo cuento al amigo Halconero... ¡Largo!,"

Con una mirada, que en Ansúrez infundía más ganas de correr que una carga de caballería, les echó hacia el arco grande. Al paso que tomó Jerónimo hubo de ajustarse Lucila. Miraron hacia atrás, y vieron al temido polizonte plantado en el propio sitio, atento al camino que seguían. "Es mi D. Francisco un águila para las intenciones—dijo Ansúrez medroso.—¿Qué se habrá creído ese prepotente?... Pueblo somos, pero pueblo honrado, y nada de más haría la Serenísima Señora Reina en permitir que nos llegáramos á su trono para besarle la Real mano., Abruñada bajo la fatalidad, que cruel, ó piadosamente, quién lo sabe, atajaba sus propósitos, Lucila no decía nada, y siguió á su padre hasta donde quiso llevarla; llegaron al Cubo de la Almudena, y andando, andando cuesta abajo, por un portillo derrengado pasaron á

una especie de alameda, cuyos árboles raquíticos, enanos y sedientos parecían increpar al sol con el gesto rígido de sus ramas desnudas. El suelo blanqueaba de puro polvo. A un lado y otro, en trozos de sillería que hacían oficio de bancos, se veían parejas de soldado y criada, ó solitarios y melancólicos paseantes. El sitio era desapacible, sin otros encantos que el espléndido sol, y el despejado horizonte que mirando hacia la parte del río, Casa de Campo y Sierra, se veía. Un cielo claro, limpio, desesperante de extensión azul sin accidente de nubes, coronaba la tristeza luminosa de aquel gran paisaje, del más puro Madrid.

—Mira, mira—dijo Ansúrez á su hija señalándole un bulto negro que subía, figura tan escueta como los enfilados árboles:— aquí tenemos al D. Martín de mis pecados.

—¿Y me trae usted aquí para ver á ese viejo loco...?—dijo Lucila desolada, colérica.—Yo me voy, padre... ¿Por dónde salgo de este páramo indecente, de este Infierno de polvo?

—Aguarda, hija... Ya el Sr. Merino nos ha visto. Viene hacia nosotros..

Acercábase el clérigo despacio, impasible, y su rostro adusto, pomuloso, no expresaba más que el desdén de toda criatura. Su enorme sombrero de teja, chafado y mugriento, obscurecía sus facciones, dándoles un tinte terroso, de adobes viejos caldeados por el sol de cien años. Iba levantando polvo, que le blanqueaba los zapatos y los ba-

jos de la sotana. Recogía el manteo en el brazo izquierdo, y con el derecho hacía un pausado movimiento de sembrador. “Buenas tardes—dijo al ponerse al habla.—Yo bien. ¿y en casa?... ¿Viene la moza de paseo?... Bueno. ¿Con que nos casamos, eh? Y con un hombre rico... No es mala suerte... Aprovecharse, que todo se acaba, y hombres ricos van quedando pocos..” Contestó la joven con las palabras precisas para no ser descortés, y se sentó en un pedazo de sillería. Había muchos por allí de forma curva, como pedazos del brocal ó pilón de una destruída fuente.

No tenía Lucila gana de conversación, y hasta le enfadaba oír lo que los demás hablaban. No lejos de ella, en otro sillar, se sentó D. Martín; Ansúrez permaneció en pie; y creyendo ver en el clérigo disposiciones á la benevolencia, le instó á que de una vez se clareara, tocante al préstamo, para saber á qué atenerse. “A eso voy, á eso iba—replicó el cura extravagante;—pero antes os diré otra cosa. Ya sabéis... y con los dos hablo, hija y padre... ya sabéis que estamos abocados al cataclismo. Oiréis por ahí que vuelve Narváez. No lo creáis... Narváez no volverá más... El maldito moderantismo es cosa concluída. ¿Quién vendrá? Vendrán todos y no vendrá nadie. ¿Quién mandará, quién obedecerá? Nadie y todos...”